

Los pájaros y su individualidad

LEN HOWARD

TRADUCCIÓN DE
ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN



Título original:
Birds as Individuals

Primera edición: mayo 2025

©1952 Len Howard
Published by arrangement with
Curtis Brown Group Limited of Cunard House

© 2025 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2025 de la traducción: Ernestina de Champourcín

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-65-8

Impreso en España

Depósito legal: M-264-2025

NARRATIVAS GALLO NERO

100

*La autora agradece a los editores de Countrygoer
y Out of Doors por haberla autorizado a reproducir
algunas secciones de las «Biografías de pájaros».*

*Igualmente expresa su sincero agradecimiento al
Dr. Julian Huxley por su prefacio y por el interés mostrado.*

Los pájaros y su individualidad

PREFACIO

La señorita Howard nos ha dado un libro excepcional. Y lo es porque existen contadas personas que quieran a los pájaros como ella, que hayan consagrado tanto tiempo a observarlos tan de cerca y que se hayan tomado la molestia de anotar sus observaciones y de reunir las en un libro.

El título de su obra se refiere a uno de los puntos interesantes destacados por la autora. Cuando se observa a los pájaros día tras día, año tras año, se llega a conocerlos uno por uno y se saca la conclusión de que su conducta individual difiere mucho más de lo que la gente supone. Recomiendo las observaciones de la señorita Howard sobre el particular a mis colegas biólogos, así como al público en general.

Otro punto de interés reside en cómo el miedo inhibe la conducta normal. Solo cuando los pájaros consiguen perderlo puede el observador humano penetrar en el secreto de sus vidas y descubrir el grado de su inteligencia. Esta cuestión merece asimismo que los biólogos profesionales le presten mucha atención.

Por último, la señorita Howard ha dedicado una gran atención al canto de sus pájaros, y, siendo ella misma música de profesión, sus observaciones y conclusiones adquieren valor e interés extraordinarios. Me ha impresionado de modo especial la historia de ese mirlo macho que compuso (la palabra es de la señorita Howard, y parece justa) una frase casi idéntica al rondó del *Concierto para violín* de Beethoven. Por lo menos, la elaboró gradualmente partiendo de un sencillo comienzo.

La señorita Howard nos da un capítulo estimulante y entretenido sobre los juegos de los pájaros, y hace cierto número de

observaciones incidentales de considerable interés, como que las rivalidades y la agresividad territoriales se mitigan durante los períodos de sequía.

La señorita Howard no puede esperar que los biólogos acepten todas sus conclusiones. Pero le agradecerán los datos que presenta, y yo mismo me complazco en declarar que su libro me ha interesado mucho y que su lectura me ha producido gran placer.

JULIAN HUXLEY

PRIMERA PARTE

LA CONDUCTA DE LOS PÁJAROS

CAPÍTULO I

Preliminares: confianza, juicio y conducta inteligente

Muchas personas han manifestado interés hacia mis pájaros silvestres domesticados. Hay extraños que los ven con frecuencia en la carretera posados en mi mano y se detienen a preguntar cómo los domestiqué. En este «mundo mejor» que se está proyectando ahora para las generaciones futuras, ¿seguirá siendo tan raro el ver a los bellos pájaros silvestres posarse sin miedo en las manos humanas? Recuerdo siempre las palabras de un electricista que vino en cierta ocasión a arreglar las instalaciones de mi casita de Sussex. Se detuvo sorprendido en mi puerta, contemplando a los innumerables pájaros que volaban desde los árboles a posarse sobre mí. Parecía un hombre ordinario, de expresión ruda, hasta que divisó a los pájaros; entonces todo su aspecto cambió, se iluminó su rostro, le brillaron los ojos y exclamó: «¡Qué maravilla!». Luego dijo: «¿Y por qué no es así siempre? Debería ser siempre así».

Claro que el vivir como yo, en la constante compañía de tantos pájaros, acarrea grandes dificultades. Muchas de orden práctico, como la limpieza, el deterioro de las cosas, el aspecto de las habitaciones, que parecen siempre dispuestas a recibir la visita del deshollinador, con los muebles y los libros cubiertos de periódicos y trapos. También hay que contar con las interrupciones del sueño, pues golpean rabiosos los cristales si cierro las ventanas al amanecer para que no entren cuando las noches son cortas, y hacen lo posible para que no pueda concentrarme en nada fuera de ellos. Pero hay otros problemas aún más graves. Cuando convives con pájaros resulta imposible no encariñarse con cada uno de ellos. En sus breves vidas hay muchas tragedias.

Los gatos causan estragos si dejo de estar vigilante. Mi casita no se encuentra aislada; está construida en un trozo de huerta de una vieja granja situada en el extremo de una aldea de Sussex bastante grande. Esta granja fue dividida en varias propiedades particulares cuyas casas rodean la mía, sin contar otras que han surgido en la carretera. Pero el jardín se halla bien resguardado por árboles y setos altos, y dejo que gran parte de él crezca semisalvaje, a su modo, con zarzas, acerolos, ciruelos y saúcos silvestres que se siembran solos, y una hiedra espesa que trepa por los elevados troncos de los perales y los viejos manzanos. Estos brindan alimento y abrigo a los pájaros, y les son especialmente útiles las bayas de la hiedra, puesto que maduran en un tiempo en que la escarcha hace escasear cualquier otra comida. Cuando llega la época de cría dejo crecer la hierba bien alta en los límites de mi propiedad, lo que dificulta a los gatos la entrada en días húmedos por el rocío o la lluvia, aunque no hay nada que los aleje del todo.

Luego están las grajillas y las urracas que se llevan a los pequeñuelos. Estas últimas abundan tanto que prácticamente han barrido de estos lugares a los carboneros garrapinos y palustres. Mis pájaros cuentan conmigo para mantener a raya a estas saqueadoras. Últimamente, la mayoría de los días, me despierta a las cinco un carbonero común que vuela agitadamente de mi lecho a la ventana lanzando fuertes gritos de alarma. Me dice que salga pronto porque la urraca amenaza a sus pequeños; así que salto de la cama y espanto a su enemigo con un palo. Vuelvo a acostarme, pero al poco tiempo surge otro incidente: el mirlo me llama tras los cristales con un piar nervioso; y salgo de nuevo a asustar al gato lanzándole un gran jarro de agua. A pesar de todos mis esfuerzos, hay pájaros que caen víctimas de los gatos

y de las urracas. Si me tomo unas vacaciones, ocurren tantos desastres que no me alejo casi nunca, aunque quisiera observar a otras clases de pájaros campo adentro.

Con frecuencia hay entre ellos algunos heridos que dependen de mí para restablecerse. De un modo u otro, mis pájaros requieren atención desde el amanecer hasta el ocaso. Hacen todo lo que pueden para interrumpir cualquier trabajo que exija concentración; mientras trato de escribir esta página, algunos se posan sobre la máquina, otros me tiran del pelo, vuelan hasta mis manos y se caen cuando empiezo a teclear. Hay otra persona que sabe por experiencia lo exigentes que pueden ser mis carboneros. Se trata del viejo Harry, que ama como yo a todas las criaturas silvestres. Vive en su propia choza a unos diez minutos de mi casa. Este año, uno de mis carboneros tuvo que irse del jardín por falta de sitio y anidó cerca de él. Hasta que sus pequeños salieron del cascarón, venía a verme por las mañanas y por las tardes en busca de buena comida. Entonces el buen hombre, que también da de comer a los pájaros, fue víctima de sus modales imperiosos. «Es una mala pécora —dijo el viejo Harry—; me llama de madrugada tirando de las mantas y picoteándome la cara. No hay modo de que se esté quieto y es preciso darle lo que pide, y pronto.» Adiviné enseguida por esta descripción de qué pájaro se trataba, pues la pequeña pécora se había portado conmigo de la misma manera.

Tal vez mi gran cariño hacia los pájaros hace que acudan a mí sin dificultad y que no me cueste trabajo ganarme su confianza. En cuanto me mudé a la Casita de los Pájaros, puse una mesa y un baño para ellos junto a la ventana, y llegaron enseguida un petirrojo, un herrerillo y un mirlo, a los que pronto siguieron muchas más especies, incluido el carbonero. He hablado

siempre a mis pájaros con voz normal, pues aprenden pronto a entender algo de lo que se les dice, por el tono. Nuestra gran intimidad brotó rápidamente y aumentó presto su número. Me encanta su compañía y, además, me interesa mucho estudiar sus distintos caracteres, y por medio de esta estrecha relación consigo entender mejor su mentalidad.

Cuando llegué por vez primera a la Casa de los Pájaros no había podido aún estudiar la conducta de los pájaros por mí misma, aunque las bibliotecas de Londres me hubiesen provisto de mucha bibliografía sobre el tema. No esperaba que manifestasen una gran inteligencia y, por lo tanto, me causó gran sorpresa el incidente que voy a relatar. Una mañana de primavera, tres meses después de haber terminado mi casita, yo estaba ocupada dentro, junto a una puerta abierta, cuando llegó revoloteando un herre-rillo hembra, lanzando gritos de angustia. Aleteaba agitadamente frente a mí, con sus ojos fijos en los míos, lamentándose como yo no había oído nunca lamentarse a estos pájaros; era evidente que algo iba mal y que pedía auxilio. Su compañero estaba con ella, pero posado fuera, mirándome fijamente. En cuanto salí, la hembra dejó de quejarse y me guiaron a la caja donde estaba su nido, volando delante de mí, deteniéndose a veces en su marcha y volviéndose para ver si los seguía. Todo el nido había sido arrancado a trozos de la caja, y los doce huevos estaban diseminados por el suelo de madera de esta. La tapa estaba cerrada y, por lo visto, algún gato había sacado el nido a pedazos por el orificio de entrada. (Esta experiencia me enseñó que las cajas de los nidos deben tener una profundidad de más de trece centímetros.)

Ambos pájaros esperaban cerca, mirando en silencio mientras yo cogía del suelo los fragmentos del nido, sacaba los huevos

y volvía a formarlos dentro de la caja lo mejor que podía, y colocaba después los huevos del lado derecho, porque suponía que querían que estuvieran más o menos igual que antes. En cuanto terminé, la madre voló dentro y, después de trasladar sus huevos al otro lado de la caja, que era bastante grande, volvió a empollar su nidada. Los pequeños salieron diez días más tarde, y si a pesar del desastre pudo sacarlos adelante fue porque se le ocurrió la idea tan sensata de venir a pedirme ayuda. ¿Qué otra cosa sino el pensamiento la indujo a obrar así? El instinto del pájaro no lo mueve a buscar al ser humano, sino a evitarlo en todo lo que se refiere al nido. Yo no llevaba mucho tiempo en la casita y aún no había ayudado a ningún otro pájaro en tales menesteres ni en cualquier otro. Me había limitado a darles de comer y a observarlos sin ser vista mientras hacían sus nidos. Pero muchos pájaros se volvieron mansos y confiaron ya en mí.

Resultó interesante ver a aquel herrerillo y a su compañera mientras hacían su nido. Él trató primeramente de atraerla hacia un agujero en un tronco de árbol, pero ella se negó a prestarle mucha atención, encaprichada ya con la gran caja sujeta a otro árbol. Perdió mucho tiempo entrando y saliendo de ella mientras él se quedaba en el borde, fuera, espionando cautelosamente por el orificio de entrada o examinando la tapa y los lados de la caja. Luego empezó a entrar con ella y a oírse un intenso gorjeo de los dos; el macho se mostraba juguetón y la perseguía después alrededor de los árboles hasta que ella volvía a volar a la caja-nido que había elegido. Las cosas siguieron así más de un mes antes de que llevaran al nido el primer material, que no consistió en la lana o el musgo habituales, sino en virutas de embalar, que sirvieron de base. Ella voló con las virutas al nido, mientras él la seguía mirando por la entrada hasta que salía a por más. Luego usó musgo

y finalmente crines blancas y plumas; siguió añadiendo estas últimas aun después de haber puesto los huevos. Su compañero no la ayudó prácticamente en la construcción, que duró un mes, pero su entusiasmo al acompañarla y contemplarla no era menor que el gusto que ella experimentaba en su trabajo y su presencia.

No todos los herrerillos congenian así. Su adhesión no llega siempre al mismo grado y es más frecuente que su conducta, una vez que empiezan a anidar, sea apacible y callada. Creo que esto se aplica a los pájaros viejos y experimentados que juzgan este procedimiento más prudente, pues esta extática pareja adoptó más tarde mayor sosiego y cautela al empezar su nido.

Ya entrado el año, dos petirrojos todavía volantones cayeron de un nido inseguro hecho en el agujero superficial de un tronco. Los dos que quedaban corrían el mismo riesgo, y sus progenitores se mostraron preocupados. Yo puse a los cuatro pequeños en una cáscara de coco, donde se acurrucaron satisfechos, y até este nido improvisado al asiento de una silla colocada debajo del árbol; rodeé el asiento de ramitas con hojas y lo cubrí con tela de saco; dejé solo un agujero por donde pudiesen entrar los papás petirrojos. Mientras, estos andaban ocupados en el seto cercano, revoloteando y piando alrededor del gato de mi vecino. No parecían advertir mi intervención, pero los petirrojos se vuelven de espaldas y fingen despreocupación cuando están realmente interesados. Me retiré, preguntándome si encontrarían a sus crías, especialmente con un orificio tan chico, pero pronto se alejaron del seto y volaron sin vacilar al nido de coco, aunque los polluelos no habían chistado. No regresaron nunca a su antiguo nido, aunque había sido yo, y no ellos, quien había sacado de él a los dos pequeños. Estos no intentaron salir de su refugio hasta una semana después, cuando ya podían volar.